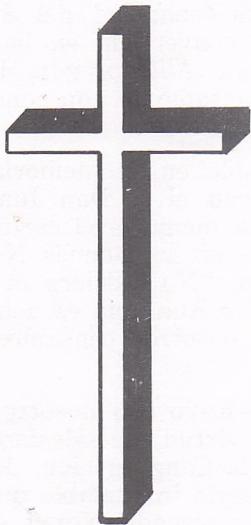


INSPECTORIA SALESIANA DE LAS ANTILLAS

San Juan Bosco, 27 — Apdo. 222

Santo Domingo — R. D.

Sto. Domingo, 1 de marzo 1974



Queridos Hermanos:

El día 29 de marzo de 1973 nos dejaba, para el encuentro definitivo con el Padre, el inolvidable

Coad. JUAN RIERA
de 92 años

“Don Juanito” formaba parte de la Comunidad Salesiana de Cuba; la situación de esa parte de nuestra Inspectoría de las Antillas, que todos conocemos, ha retrasado el envío de esta carta, que quiere ahora recordarnos esta simpática y admirable figura de nuestro Hermano al cumplir el 1er. aniversario de su fallecimiento.

Cuanto se ofrece en esta carta lo he sacado, en su casi totalidad, de lo que se escribió, en ocasión de su muerte, en la Habana—Compostela, donde el Sr. Riera pasó la mayor parte de su vida en esta Inspectoría.

“Se nos fue don Juan; acabamos de dejar sus despojos mortales en las manos del Señor; esperan la resurrección. Ya hacía varios meses que sólo podía rezar y animar a cuantos le visitaban, siempre lúcido, alegre y entusiasta por su vocación.

Había nacido en un pueblecito catalán: San Hilario, próximo a Gerona, en agosto de 1881. Muy pequeñito, su madre lo había consagrado a la Virgen. “Es tuyo” había dicho; y fue suyo para siempre.

Su madre se llamaba María; y María fue también su MADRE, desde entonces, sonriéndole constantemente... (40 años quitando el polvo de nuestros bancos y dirigiendo furtivas miradas a Ella... seguía trabajando...).

A los siete años quedó huérfano de padre e ingresó en la Granja agrícola Salesiana de Gerona. En 1901 hacía su profesión religiosa en manos de don Rua, quedando así enredado para siempre en los caminos de don Bosco”.

Ya profeso y práctico agricultor, fue asistente y maestro de cuadrilla entre los alumnos a él confiados. Formó parte de la Banda de

música de la Granja; estudió electricidad y con la ayuda de técnicos instaló un equipo que por años proporcionó fluido eléctrico a la Casa. Cuando una espantosa inundación del río Ter arrasó gran parte de la Granja, dejándola sembrada de guijarros, la tenacidad del Sr. Riera con otros coadjutores agricultores, logró convertirla en bosque que después de años rindió abundante madera. Allí aprendió diversificación de cultivos, cuidado de animales, juntamente con conocimientos de mecánica que luego aplicó en Camagüey.

“El encuentro con don Rua quedó imborrable en su memoria. Con cuánta nostalgia recordada sus contactos con él... Don Juan nos hizo conocer y querer a don Rua. Traía a la memoria el cariño de las palabras que el Beato dirigía a los jóvenes en las Buenas Noches. Suspiraba por la beatificación de don Rua. “No quisiera morirme antes”, solía decir; e hizo del ejemplo de don Rua, una escuela. Al ser beatificado don Rua el 29 de octubre, nosotros pensamos: “pronto se nos irá don Juan”.

Don Juan, extraordinario obrero de Dios, estuvo con nosotros, en esta casa, cuarenta años, siempre modelo de virtud, de salesianidad, de entrega. Vivió más de setenta años en la Congregación, dedicado a la casa del Señor con una caridad y alegría inigualable que brotaba de su alma escogida. Siempre estimado y buscado. Nunca se cansaba... Su vida estaba fundida en la maravillosa armonía de recias virtudes y de fidelidad constante y sin límites. “Qué bien ir a la vida eterna!” Acostumbrado a esta frase, su muerte fue un sencillo cambio de vida... sentimiento íntimo de nuestro corazón esa mañana... llevábamos a don Juan a la casa del Padre. “Qué alegría cuando me dijeron”... Todos cantando, todos participando en el rito litúrgico de despedida, todos conteniendo una lágrima, no ya amarga ni de tristeza, sino suave como el rocío de esperanza. Y vimos rezar y llorar y quedarse contemplando la imagen muerta pero tan querida, y besar el cristal a tantos y tantos que lo habían conocido y querido. Cuán cálida de ternura la homilia!

Hombre de trabajo constante que lo relacionaba con su oración. Don Juan, testimonio vivo de una fe inquebrantable; su comunión diaria; su meditación, que nunca dejaba; sus visitas al Sagrario... Cuantas veces se le sorprendía, ya cerrada la Iglesia, haciendo sus lecturas a la luz de la lámpara del Smo. Era beber energías que daría a su vida un sentido más profundo. Las oraciones de la mañana, de la noche... su vida, hecha un coloquio continuo con el Señor.

Esa vida suya, de piedad edificante, con el rosario continuamente entre sus manos; rosario que rezamos junto a él poco antes de morir.

Un día nos dijo: “María Auxiliadora me ha guiado durante toda mi vida. Espero me guíe al cielo. Siempre la he llevado conmigo, y bien sabe Ella que se lo he dado todo”. Su amor a la Iglesia y a la Congregación se manifestaba en el interés con que seguía los acon-

tecimientos eclesiales de nuestro tiempo. Aceptaba, sorprendiéndonos a todos, el aggiornamento. Hombre de Dios y hombre de fe, todo superarlo con optimismo.

Muchas veces nos contaba sus recuerdos: don Rinaldi, director de la casa de Barcelona, quien siendo Rector Mayor lo envió en 1919 a Camagüey desde su cataluña con el inolvidable don Felipe de la Cruz. En Camagüey dejó mucho de su corazón”.

Durante los quince años que pasó en esa casa, juntamente con el Coad. José M. Celaya (mártir y hoy Siervo de Dios), fueron transformando la finca Sifontes en potreros de abundante yerba para alimentar un buen número de vacas, para producción de leche y cría de ganado; organizaron gallineros y levantaron una hermosa hortaliza. Pero lo más notable y edificante fue que su trabajo se desarrollaba en la finca a buena distancia de nuestra residencia, trasladándose a la parroquia de la Caridad para las prácticas de piedad y para las comidas; y eso por años, desafiando a veces lluvias torrenciales que hacían el camino intransitable.

“Le gustaba leer, estar al tanto de todo. En 1971 le celebramos aquí sus noventa años y setenta de salesiano. Aquella tarde nuestro Arzobispo celebró la Eucaristía y le obsequió una Biblia. “Me uno a su himno de acción de gracias —le escribía— Y hoy pediré al Divino Maestro y a la Auxiliadora para que sigan bendiciéndole mientras prosigue el camino que conduce al Padre. En nombre propio y en nombre de la Iglesia cubana reciba el testimonio de gratitud por sus largos años de callada y fecunda fidelidad”. Y Monseñor Zanchi, Nuncio de su Santidad en la Habana, se complacía hondamente en participarle por especial encargo del Papa, una particular Bendición Apostólica, prenda de gracias y celestes favores; y expresarle sus sinceras felicitaciones por su larga vida ofrecida generosamente al servicio del Señor.

Se nos fue don Juan. Su entierro habla de la enorme cosecha de amor sembrado a lo largo de los años de su vida salesiana”.

Es un veterano más de nuestras filas que nos ha dejado para el premio abundante y bien merecido. Que la Virgen Auxiliadora y nuestro Padre don Bosco nos envíen muchas vocaciones de coadjutores de la talla de nuestro inolvidable don Juanito. Al recordarlo en su 1er. aniversario, les pido también una oración especial para nuestros Hermanos de Cuba y para toda nuestra Inspectoría

Afmo. en D. Bosco S.
P. Juan Artale
Inspector

Dati per il Necrologio:

Coad Riera Giovanni, nato a San Hilario (Gerona-España) in agosto 1881 morto a Habana-Cuba il 29 marzo 1973, a 92 anni di età e 72 di professione.

